

# LOS RICOS DE LONDRES

EDUARDO HARO TECLEN

Si escuchamos las palabras de Carter, el "fin de semana económico" celebrado en Londres entre las siete naciones consideradas como las más ricas del mundo —y hay grandes abismos entre unas y otras— buscaría la forma de "compartir con los menos afortunados los bienes que Dios ha dado al mundo". El estilo predicador que el Presidente de los Estados Unidos mantiene no se compagina bien con la realidad. El Tercer Mundo no ha mejorado nada en los últimos tiempos, a pesar de sus esfuerzos de valoración de las materias primas y la energía, y se habla ya de un "cuarto mundo", el de aquellas naciones que se perjudican simultáneamente de la inflación de los ricos y de la carestía creciente de las materias primas del Tercer Mundo. Al mismo tiempo, Carter se ha encontrado en Londres con cuatro gobernantes europeos en trance difícil, propio y de sus países. La deterioración continua del nivel de vida en Francia, Italia, Gran Bretaña y hasta en Alemania Federal se revuelve contra los sistemas en el poder y, en última instancia, contra el sistema general económico que emana de los Estados Unidos en

el que están insertos. En Francia, a pesar del pacto —más bien tregua— entre Giscard y Chirac, tras siete meses de conflicto, el progreso de la unión de izquierdas hacia la fecha electoral es incesante. Italia se desintegra. En Gran Bretaña los laboristas en el poder acaban de perder de una manera ruidosa las elecciones municipales en Inglaterra y en Gales: los conservadores piden ya la disolución del Parlamento, la convocatoria de elecciones generales anticipadas, la disolución del Gobierno. Si Alemania Federal es el país más próspero de entre los cuatro europeos que, con Canadá y Japón, asisten a esta cumbre inevitablemente presidida por Estados Unidos, el canciller Schmidt está metido dentro de una crisis política que le hace vulnerable. Si las naciones ricas, las más industrializadas del mundo, están pasando desde hace años por la erosión continua de la inflación y la tasa creciente del paro obrero, y las clases no privilegiadas vuelven a tener el sentido de lucha que habían perdido en la época de la comodidad, las naciones pobres se hundían más y más en su pobreza. La idea de "compartir los bienes que Dios ha

dado al mundo" sigue intentando resolverse, como siempre, en una pelea por esos bienes. Casi en una "moral de guerra", como dijo el propio Carter cuando advirtió a sus conciudadanos que debían ahorrar energía (luego se ha vuelto atrás, y ha explicado ya al Comité de Energía de la Cámara que los sacrificios "serán menos sustanciales de lo que antes había calculado").

El Presidente Carter ha ido a Londres a decir, prácticamente, que fuera de los Estados Unidos no hay salvación. Y a presentarse como fuera del problema; como si su país no estuviese metido en la misma crisis de los demás. Lo cual sus compatriotas no comparten. Un editorial del "Post" de Washington le recuerda que está en la misma barca que los otros. "El Presidente Carter habrá conseguido mucho si consigue convencer a los otros Gobiernos de que él y su Administración van a ser la excepción de esta ominosa regla (la de la erosión económica creciente y la pérdida de su imagen). Pero, excepción o no, deberá aprender que una gran parte de su éxito depende ahora del de ellos, y viceversa. El señor Carter

ocupa ahora un lugar importante en el mismo bote que sus seis nuevos amigos". Un comentarista político como Joseph Kraft explica en el "Herald Tribune", cómo los interlocutores de Carter en Londres han sido hasta ahora sus víctimas. El canciller alemán Schmidt se ha encontrado con que las restricciones de Carter sobre la proliferación nuclear han bloqueado sus planes energéticos y sus negociaciones con Brasil (para venderle material nuclear); y que al mismo tiempo las nuevas tensiones creadas con la URSS por la cuestión de los "Derechos Humanos" están dificultando la política de su partido de "apertura al Este". Giscard d'Estaing puede quejarse de que las presiones sobre la venta de armas, las relaciones con países con regímenes no democráticos y la cuestión de la transferencia de materia nuclear están comprometiendo la independencia francesa...

La serie de reuniones de Londres desbordan, naturalmente, el marco de lo económico. Si siempre ha sido difícil, lo es más ahora: no se puede deslindar la economía del conjunto de relaciones internacionales y del "status" del mundo. Una pequeña cumbre reúne a Carter con Callaghan, Giscard y Schmidt: es el problema de Berlín y las relaciones generales con la URSS en esa zona. Como se sabe, Berlín sigue siendo una ciudad-región de estatuto conflictivo, en la que se mantiene la ocupación de las cuatro potencias, pero la URSS continúa acusando, no sin razón, de que en realidad está formando parte de Alemania Occidental. La República Democrática Alemana querría clarificar la situación, en el sentido de que terminase el dominio internacional y Berlín fuese realmente un Estado libre: no es ése el deseo de Alemania Federal, ni naturalmente el de los Estados Unidos, y la reunión de los tres ocupantes occidentales con Schmidt va a suponer una ratificación de toda la gran política occidental sobre Berlín, que ha producido en la Historia reciente tantas tensiones, desde la construcción del muro a los bloqueos y puentes aéreos, y la famosa frase de Kennedy: "Ich bin ein berliner". Los occidentales siguen siendo berlineses, y lo afirman una vez más.

El otro gran tema de Londres, que se plantea cuando se redactan estas líneas, es el de la OTAN. Se celebra una reunión del Conse-



El predicador Carter ha ido a Londres a decir, prácticamente, que fuera de los Estados Unidos no hay salvación.



Los siete grandes de Occidente en el número 10 de Downing Street: una cumbre presidida inevitablemente por los Estados Unidos.

jo del Pacto del Atlántico, en la ausencia de Francia (que mantiene la política de marginación relativa iniciada por De Gaulle). Una vez más se trata de demostrar que la OTAN sigue siendo una necesidad objetiva para Occidente y que de ninguna forma debe ni siquiera esbozarse una idea de disolución. Y la afirmación de que los Estados Unidos siguen siendo hegemónicos en esta cuestión. La OTAN, como prelude a esta reunión del Pacto Atlántico, ha hecho públicas unas cifras sobre el balance de fuerzas, y unos comentarios inspirados por esas cifras. Se entiende de ellas que hay una relativa igualdad de fuerza en los armamentos nucleares estratégicos, pero una superioridad enorme en cuanto a fuerzas convencionales. En cambio, la URSS está en inferioridad visible en las armas atómicas tácticas. La OTAN dispondría actualmente de 1.054 misiles intercontinentales con base terrestre, 720 sobre submarinos y 387 bombarderos estratégicos; el Pacto de Varsovia, 1.500 misiles intercontinentales con base terrestre, 860 sobre sumergible y 140 bombarderos estratégicos. No se citan los Mirv y los Marv: los misiles con cabeza nuclear múltiple. La comparación de los dos arsenales se considera como una paridad.

En las fuerzas llamadas convencionales, la OTAN dispone de 67 divisiones y de 11.000 blindados; el Pacto de Varsovia, de 90 divisiones y de 23.000 blindados. La superioridad en artillería convencional del Pacto de Varsovia sobre la OTAN se considera en proporción de dos a uno. En cuanto a las fuerzas atómicas y tácticas, los 6.800 aviones de combate, los

122 sumergibles nucleares y los 430 navíos de superficie superan en mucho los 11.000 aviones de combate, 142 sumergibles atómicos, 178 sumergibles no atómicos y 220 navíos de superficie del Pacto de Varsovia.

Un dato interesante del informe de la OTAN es el de la proporción de presupuestos de armamentos. La URSS está dedicando del 11 al 13 por 100 de su renta nacional a las armas, mientras que los países de la OTAN sólo dedican el 3,8 por 100. Los militares de la OTAN insisten en que deberían aumentarse los presupuestos occidentales de armamento para que el esfuerzo fuese comparable al de la URSS. El punto de vista de financieros y políticos es distinto. Entienden que el esfuerzo presupuestario de la URSS va en detrimento de su nivel de vida y supone, por lo tanto, un desgaste político y económico de su régimen, mientras que Occidente, por la forma de su economía y el desarrollo de su industria, tiene suficiente con ese porcentaje: aumentarlo sería aumentar al mismo tiempo la inflación y las dificultades económicas de los Gobiernos europeos.

La filosofía de la OTAN sobre estas cifras y los largos estudios de la situación es, en pocas palabras, la siguiente: la libertad y la seguridad del mundo occidental siguen estando amenazadas, y el esfuerzo militar que se realiza para evitar esa amenaza es insuficiente. La mentalidad sobre estos temas no ha cambiado nada desde la fundación de la OTAN, y digamos desde mucho antes: estas ideas fueron las que crearon la OTAN. Mantener tal filosofía es sostener, simplemente, la nece-

sidad de mantenimiento de la OTAN, que es un organismo que funciona ya por sí solo, como al margen de la política mundial. Es indudable que las condiciones del mundo en los años cuarenta son esencialmente distintas a las de estos últimos años de la década del 70, y es difícil decir que Europa sigue estando amenazada por una ofensiva militar de la URSS.

Esta filosofía es, naturalmente, la de los Estados Unidos. La OTAN es el instrumento de su hegemonía, la garantía jurídica de sus bases, la dirección de todo el grupo militar occidental. Es al mismo tiempo un lazo que obliga a mantenerse unidas en torno suyo a las naciones europeas, que dependen de ella en cuanto al material. La OTAN, sobre esta fuerza directriz americana, y por la naturaleza de sus componentes —no olvidemos que los militares enviados al cuartel general por los distintos países no tienen el mismo pensamiento que sus gobernantes civiles— encuentra, por ejemplo, en la campaña de "derechos humanos" del Presidente Carter una razón más para fortalecer su sistema militar y de armas.

Los políticos, los gobernantes europeos, no están tan satisfechos de esta campaña llamada "de los derechos humanos" lanzada con tanta fogosidad por Carter. Recientemente Giscard ha explicado el punto de vista francés sobre esta cuestión: cesar la ofensiva directa y en cambio acentuar la presión en las conferencias internacionales, como la que se ha de celebrar en Belgrado como continuación de la de Helsinki, para examinar los resultados obtenidos dos años después de la gran convención. Este mismo punto de vis-

ta parece ser el de los otros países europeos, por lo menos de los presentes en Londres. De esta forma tendría un carácter menos ofensivo. De todas formas, a los políticos europeos les es difícil hacer una negativa directa a la campaña de "derechos humanos", y hasta les es útil en estos momentos de crisis política y de progreso de la izquierda para atacar a sus partidos comunistas.

No será fácil hacer que Carter abandone esta postura. Esta es su naturaleza de predicador y de moralista, y de ético de la política. Carter acaba de pedir al Congreso de su país que cree la oficina de ética gubernamental, que investigaría toda la política inmoral del país, desde los sobornos y las actuaciones policíacas contrarias a la libertad humana hasta las grandes violaciones de los derechos del hombre. Todo ello forma parte de su estilo, de su manera de entrar en la Historia.

Cierto que la ética es una base teórica de la democracia, lo cual no quiere decir que esté realmente entronizada. Los escándalos en las democracias son famosos en la Historia y en la actualidad, y basta con mirar a los Estados Unidos para recordar el inmediato Watergate y las historias de la Lockheed. Incluso el millón de dólares que cobra ahora Nixon por contar en la televisión las intimidades de su Gobierno —en realidad, es una justificación más, y un espectáculo deplorable más— debe ser ya considerado como falta de ética. A pesar de todo ello, los sistemas democráticos son infinitamente más éticos que los autocráticos, porque en éstos las inmoralidades están protegidas por la censura y por la fuerza, mientras en las democracias los medios de control y publicidad —prensa, Parlamento, Tribunales de cuentas, comisiones investigadoras— son ya una garantía, aunque no sea suficiente. No es difícil olvidar que un asunto de un reloj de oro regalado al presidente del Gobierno Lerroux, en la República, ocasionó una verdadera conmoción nacional y la acuñación de una nueva palabra, "estraparlo".

Predicador, moralista, Carter ha venido a Europa a hacer propaganda de esta imagen y no la va a abandonar fácilmente: es la razón de su presencia. Pero, por lo demás, los grandes trazos de la política de los Estados Unidos con respecto a sus aliados y al mundo en general no han variado. Sigue presentándose como la única posibilidad de salvación económica, sigue envolviendo en palabras una explotación del tercero y del cuarto mundo, sigue controlando por sí mismo la política de aproximación o de retraimiento con respecto a la Unión Soviética, sigue manteniendo su propio control de la energía nuclear, sigue llevando las riendas del mundo militar de la OTAN. No hay que buscar otra cosa. ■